La serpiente y el Cordero

-Caín y Abel a la luz de la tipología cristiana-

por Lázaro Lameiro

Presentación del tema

En el Libro del Génesis (Gn 4:1-26), se cuenta la historia de los hermanos Caín y Abel. Se trata de un relato breve y parco en detalles pero muy significativo. Su carácter violento y trágico ha llamado la atención de los estudiosos desde muy antiguo, primero entre los sabios judíos y luego entre los cristianos. Varios Padres de la Iglesia, como Tertuliano, Ambrosio, Crisóstomo, Agustín, Hilario de Poitiers y otros, han ofrecido sus interpretaciones acerca de la historia de los hermanos. Y desde entonces, dicha historia ha aparecido de manera recurrente en los comentarios bíblicos, reflexiones teológicas, homilías y discursos de muchos autores y predicadores cristianos.

El relato puede ser leído desde distintas perspectivas, y según cuál sea la perspectiva asumida se pueden extraer del mismo enseñanzas de diverso tipo: desde lecciones de carácter moral, pasando por observaciones psicológicas sobre la rivalidad y los celos, hasta interpretaciones tipológicas que permiten vincular ese relato del Antiguo Testamento con las verdades reveladas en el Nuevo Testamento. Aquí vamos a hablar de Caín y Abel desde una perspectiva tipológica. Para lo cual primero vamos a exponer de manera muy breve cómo entendemos la tipología.

La tipología: Cristo en el comienzo, el medio y el fin

La palabra *tipología* se refiere a un saber acerca de los *tipos* (del griego τύπος) y sus *anti-tipos* (ἀντίτυπος). El tipo es una marca o figura, y el anti-tipo es aquello a lo cual la marca o figura remite. La noción de tipo se encuentra en el Nuevo Testamento pero no está expresada a través de una terminología fija. Pues a veces las palabras tipo, parábola y alegoría son utilizadas de manera intercambiable. Por lo tanto se debe buscar la idea y no la palabra misma.

La Carta a los Hebreos (Heb 8:5) nos brinda una aclaración sobre su significado cuando habla de los *tipos* de la Ley judía como "*bosquejo y sombra de las cosas celestiales*"; y pone como ejemplo la indicación dada por Dios a Moisés para que construya el Tabernáculo: "*haz todas las cosas conforme al modelo (τυπον,* tipo*) que te ha sido mostrado en el monte*". El tipo, entonces, es una realidad terrenal (persona, objeto, hecho, etc.) que remite a una realidad celestial. Esta realidad celestial no es una idea trascendente al estilo platónico sino un propósito o designio en el orden de los decretos divinos.

En el Cristianismo la tipología permite reconocer la presencia del Señor Jesús en las Escrituras bajo diversos tipos o figuras que aluden a Él desde mucho antes de su ministerio en la tierra. Es importante observar que el fundamento de la tipología ha sido revelado por el propio Señor (Jn 5:39): "*Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí*".

Lamentablemente a medida que nos fuimos alejando de las épocas apostólica y patrística, y especialmente al entrar en la modernidad, el racionalismo infestó el mundo Cristiano y terminó por pervertir el sentido de la tipología. Pues la convirtió en un saber técnico -con definiciones, clasificaciones, reglas de aplicación, etc.- oscureciendo su sentido original.

Pero en su origen y esencia la tipología no es un método, ni una técnica, sino *una perspectiva*. Asumir esa perspectiva, y leer el Antiguo Testamento desde la misma, significa abordar los textos a la luz de la revelación de Cristo con la guía del Espíritu Santo.

Un ejemplo claro de perspectiva tipológica lo brinda el propio Señor Jesús cuando en su diálogo con Nicodemo (Jn 3:1-15) refiere a Sí mismo la figura, el *tipo*, de la serpiente alzada por Moisés en el desierto (Jn 3:14): "*Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado*". Recordemos que en el Antiguo Testamento Moisés, por indicación de Dios, forja una serpiente de bronce y la mantiene en alto para que sirva como antídoto de las mordeduras de serpiente que atormentaban a los judíos en su éxodo. Así, al trazar esa analogía entre la serpiente de Moisés y Él mismo, el Señor estaba indicando por anticipado que su propia muerte y resurrección sería el antídoto para la mordedura del pecado que atormenta y mata a los hombres en su paso por este mundo.

Otro tipo iluminado por el propio Señor lo encontramos en su conversación con Natanael (Jn 1:51), cuando le dice "*De cierto, de cierto os digo: De aquí en adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre*". Para cualquier conocedor de la Biblia es claro que esas palabras aluden al sueño del patriarca Jacob en Bet-El (Gn 28:12): "*Y soñó: y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella*". Y efectivamente fue el Hijo de Hombre, el Señor Jesús, quien con su muerte y resurrección unió la tierra y el cielo.

Ahora bien, se debe comprender que la tipología no pertenece solamente a la hermenéutica del texto bíblico sino también a la comprensión de la historia misma. Pues la historia, *a la luz de la Biblia*, no es la historia secular que reduce todo al plano de los acontecimientos empíricos con sus causas y relaciones, sino una *historia sagrada* en la cual se expresa la progresiva *realización de los designios divinos*. Y dado que Dios se propuso "*reunir todas las cosas en Cristo*" (Ef 1:10), todo en la historia remite a Él.

Se suele decir que el tipo mira al futuro, que anticipa algo que será presente en un momento futuro de la historia. Eso es correcto porque la revelación de Dios se manifiesta progresivamente en la historia. Pero no es toda la verdad de la tipología. Pues, el tipo no mira solamente al futuro sino que mira también, y más esencialmente, hacia su realidad celestial. Mira hacia aquella verdad eterna de la cual es, justamente, una figura alusiva y provisoria en el plano de la historia terrena.

Es desde esa perspectiva que debe entenderse la expresión "*Cordero inmolado desde el comienzo del mundo",* utilizada por los apóstoles Juan y Pedro (Ap 13:8; 1 Pe 1:19-20), y con otras palabras también por Pablo (Col 1:12-20). Pues "desde antes del comienzo del mundo" (προ καταβολης κοσμου) significa antes de la creación del espacio-tiempo de nuestro mundo, por lo tanto alude a la eternidad.

Visto así, el sacrificio del Señor Jesús en la Cruz, el Cordero inmolado, ocurrió en un determinado momento de la historia humana pero existe más allá del tiempo en la eternidad de los designios de Dios. Por eso mismo, dicho sacrificio *ilumina toda la historia del hombre del comienzo al fin*, incluyendo, por supuesto, la historia de los hermanos Caín y Abel. Esto no significa que todo pueda ser interpretado tipológicamente, sino que nada escapa a la providencia de Dios que ha decretado salvar a los suyos en Cristo.

Entendemos que lo dicho basta como preparación para nuestro tema; más adelante volveremos a hacer referencia a la historia humana y los designios de Dios.

El relato sobre Caín y Abel

Asumimos que el lector conoce el relato sobre los primeros hermanos; de todos modos conviene repasarlo antes de seguir con nuestro trabajo. El Libro del Génesis (Gn 4) luego de contar que Eva dio a luz primero a Caín y luego a Abel, dice:

"Y Abel fue pastor de ovejas y Caín fue labrador de la tierra. Y aconteció que al transcurrir el tiempo, Caín trajo al Señor una ofrenda del fruto de la tierra. También Abel, por su parte, trajo de los primogénitos de sus ovejas y de la grosura de los mismos. Y el Señor miró con agrado a Abel y a su ofrenda, pero a Caín y su ofrenda no miró con agrado. Y Caín se enojó mucho y su semblante se demudó. Entonces el Señor dijo a Caín: ¿Por qué estás enojado, y por qué se ha demudado tu semblante? Si haces bien, ¿no serás aceptado? Y si no haces bien, el pecado yace a la puerta y te codicia, pero tú debes dominarlo. Y Caín dijo a su hermano Abel: vayamos al campo. Y aconteció que cuando estaban en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel y lo mató.

Entonces el Señor dijo a Caín: ¿Dónde está tu hermano Abel? Y él respondió: No sé. ¿Soy yo acaso guardián de mi hermano? Y Él le dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Ahora pues, maldito eres de la tierra, que ha abierto su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Cuando cultives el suelo, no te dará más su vigor; vagabundo y errante serás en la tierra. Y Caín dijo al Señor: Mi castigo es demasiado grande para soportarlo. He aquí, me has arrojado hoy de la faz de la tierra, y de tu presencia me esconderé, y seré vagabundo y errante en la tierra; y sucederá que cualquiera que me halle me matará. Entonces el Señor le dijo: No será así; pues cualquiera que mate a Caín, siete veces sufrirá venganza. Y puso el Señor una señal sobre Caín, para que cualquiera que lo hallase no lo matara. Luego Caín se alejó de la presencia del Señor y fue a vivir a la región de Nod, al este del Edén".

La Caída como telón de fondo

Adán y Eva fueron los primeros humanos, y Caín y Abel fueron los primeros humanos nacidos de otros humanos. Por lo tanto no sólo fueron los primeros hermanos sino también los primeros seres de la humanidad tal como la conocemos. Y como nacieron después de la Caída y de la expulsión del jardín del Edén, nacieron *en pecado*. Es decir que eran mortales y estaban por naturaleza alejados de Dios e inclinados al mal. La armonía de los hombres con Dios se había roto en la Caída, y los hermanos nacieron dentro del marco de esa ruptura. Reconocían a Dios, por eso le hicieron ofrendas, pero no estaban en comunión con Él porque eran humanos caídos. Ese es el significado del exilio del huerto del Edén, y es el contexto dentro del cual se debe leer la historia de Caín y Abel.

Los hermanos y sus ofrendas

Caín ofreció a Dios los frutos de la tierra. Y dado que era agricultor y trabajaba la tierra, su ofrenda puede considerarse también como el fruto de su trabajo. Abel, en cambio, era pastor y ofreció a Dios las primicias de su ganado. Es decir, sacrificó algunas vidas de los animales que estaban bajo su dominio para ofrendarlas a Dios. A primera vista, es evidente que los hermanos ofrendaron lo que era natural para ellos de acuerdo a su oficio. Cada uno

ofreció a Dios lo que tenía. Sin embargo, el relato dice que Dios miró con agrado a Abel y su ofrenda, y no miró con agrado a Caín y la suya. ¿Porqué?

Algunas explicaciones de la enigmática respuesta de Dios

Debido a que la Biblia no da ninguna explicación acerca de la respuesta divina, desde la antigüedad hasta hoy muchos comentaristas han tratado de entenderla examinando las cualidades personales de los hermanos y las características de las ofrendas. Veamos tres explicaciones características:

1) Se ha dicho que Dios prefirió a Abel porque se supone que ofrendó con un corazón contrito mientras que Caín lo habría hecho sin temor de Dios. Para justificar eso, se ha apelado a la insolencia demostrada por Caín más adelante (cuando Dios le pregunta dónde está su hermano) así como al crimen que cometió. Es decir, como el relato en su conjunto nos muestra la falta de respeto de Caín hacia Dios y la violencia hacia su hermano, se asume que la respuesta de Dios se basó en el conocimiento sobrenatural de dichas cualidades negativas en él. Visto así, Dios no necesitaba esperar la insolencia de Caín y su crimen para saber que ese hermano era indigno de presentarse ante Él con una ofrenda.

2) Se ha intentado explicar la respuesta de Dios diciendo que la ofrenda de Abel era esmerada, mientras que la de Caín habría sido descuidada. Para justificar esto se ha apelado al hecho de que el texto dice que Abel ofreció "las primicias" de su ganado y lo mejor de ellas ("las grosuras"); mientras que respecto de la ofrenda de Caín no hay ningún comentario de ese tipo. Visto así, Dios habría valorado la actitud esmerada de Abel por encima de la actitud aparentemente más descuidada de Caín.

3) Se ha dado otra explicación según la cual Dios no apreció la ofrenda de Caín porque provenía de una tierra maldita (Gn 3:17), y por lo tanto, se asume, los frutos estarían malditos también.

Ninguna de esas explicaciones es totalmente arbitraria, porque hay elementos del texto bíblico que las justifican al menos como hipótesis de lectura. Sin embargo, no resultan demasiado convincentes. El problema de las dos primeras es que descansan en una interpretación puramente antropológica de la preferencia divina. Y el de la tercera es que se apoya en una noción muy restringida de la palabra "tierra".

Con respecto a las dos primeras, cabe señalar que la Biblia nos muestra muchas veces a Dios *prefiriendo a unos seres humanos sobre otros sin que el mérito o demérito de los hombres intervenga en ello*. Basta pensar en la preferencia por Jacob sobre Esaú y en la elección del pueblo judío entre todas las naciones: El Señor prefirió a Jacob a pesar de que era manipulador y mentiroso. Por supuesto su hermano no era mejor. Pero lo importante es que la elección de Dios allí no se basó en el mérito o demérito de ninguno de los dos. Y el apóstol Pablo lo dice con todas las letras (Ro 9:11-13) "*no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama, se le dijo* [a Rebeca]*: El mayor servirá al menor. Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí*". Y con respecto a la elección del pueblo judío, la Escritura dice que Dios lo eligió para Sí mismo no porque tuviera alguna importancia propia sino por Su amor gratuito (Dt 7:7-8): "*El Señor no puso Su amor en ustedes ni los escogió por ser ustedes más numerosos que otro pueblo, pues eran el más pequeño de todos los pueblos*". Esos ejemplos, y se podrían citar otros, nos

advierten contra la tendencia a hacer una interpretación puramente humana de la preferencia divina.

En cuanto a la tercer explicación, el problema es que entiende la palabra "tierra" en un sentido exclusivamente material. Pero la maldición a la que se refiere el Génesis fue *provocada por el pecado del hombre*. Por lo tanto no alude sólo al suelo físico que pisamos sino a todo el hábitat humano. Y para confirmarlo basta considerar que así como el suelo produce cardos y espinas, y se extraen sus frutos con sudor, también los animales enferman y mueren. De modo que el ganado que criaba Abel, y que *se alimentaba de la tierra maldit*a, no puede considerarse a priori menos afectado por la maldición que los frutos que cultivaba Caín.

También se ha señalado que la Carta a los Hebreos (Heb 11:4), así como el Señor Jesús (Mt 23:35) y el apóstol Juan (1 Jn 3:12), dicen que Abel *tuvo fe* y *era justo*. Visto así, Abel habría ofrendado con fe mientras que su hermano no. Es cierto que la fe de Abel está testificada por la revelación. Pero al respecto se debe tener claro que la fe, y la justicia que conlleva, *no es obra del hombre*. Como dice el apóstol Pablo en su carta a los Efesios (Ef 2:8): "*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios*". Más tarde Agustín dirá que "*nadie cree si no es llamado. Y llama Dios en su misericordia sin reparar en méritos de fe*". De modo que Abel ofrendó con fe, pero esa fe no era su obra, ni un mérito suyo, sino un don concedido por la gracia de Dios.

Vamos ahora a examinar otra interpretación. Una que explica la preferencia divina no por las cualidades de los hermanos y su comportamiento sino por el valor de la sangre.

El sacrificio sangriento

Es claro que Dios prefirió a Abel y los animales sacrificados en lugar de Caín y los frutos de la tierra. Y al respecto cabría hacer la pregunta que formuló con ironía Tertuliano, aunque nosotros no avalamos su interpretación del asunto: ¿acaso a Dios le gusta la carne, o la sangre, o el olor de la grasa quemada, más que los frutos de la tierra?

Para explicar la preferencia divina varios exegetas se han remitido al pasaje de la Carta a los Hebreos que dice (Heb 9:22): "*casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión"*. Visto así, la ofrenda de Abel tenía un valor *expiatori*o que la de Caín no tenía. Pero esa lectura, si bien es legítima en esencia, tropieza con el problema de que la ofrenda de Abel fue hecha mucho antes del establecimiento de la Ley judía. De modo que no se le puede aplicar sin más el mismo significado expiatorio que los sacrificios establecidos por Dios a través de Moisés, ni tampoco las palabras de Hebreos donde hay una referencia explícita a la Ley.

Conscientes de eso, algunos exegetas han recurrido al pasaje del Génesis donde se dice que tras la Caída, Dios les hizo a Adán y Eva unas vestiduras de piel y los vistió (Gn 3:21). Entonces interpretan que esas pieles fueron tomadas de animales sacrificados, y así Dios habría enseñado a Adán y Eva a sacrificar animales instituyendo el culto sacrificial. Visto de ese modo, la ofrenda de Abel se hizo conforme a lo instituido por Dios, mientras que la de Caín no.

Bien, aunque esa interpretación se encuentra en autores dignos de respeto, y es válida en lo que respecta al valor expiatorio de la sangre, personalmente no nos satisface. Pues no va más allá de una concepción ritualista y legal del sacrificio. Sin embargo, el valor de los

sacrificios rituales legalmente instituidos, no sólo fue provisorio, y sólo válido para el pueblo judío, sino que no descansaba en su sola realidad exterior.

El propio Antiguo Testamento lo aclara cuando dice por boca del profeta Oseas (Os 6:6) "*Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos".* Y también por medio de Amós (Am 5:22) "*Y si me ofreciereis vuestros holocaustos y vuestras ofrendas, no los recibiré*". Y lo mismo se dice en un salmo (Sal 40:6) "*Sacrificio y ofrenda de cereal no has deseado; has abierto mis oídos; holocausto y ofrenda por el pecado no has requerido*". Y en el Libro primero de Samuel (1 Sam 15:22) "*He aquí, el obedecer es mejor que un sacrificio, y el prestar atención, que la grosura de los carneros*". Y por boca del profeta Isaías Dios le reprocha a su pueblo (Is 1:11) : "*¿Para qué me sirve, dice el Señor, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales gordos; no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos*". Y por si todas esas referencias no bastaran, el Nuevo Testamento lo reitera (Heb 10:8) "*Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste*".

Así, es claro que a los ojos de Dios *los sacrificios no tienen ningún valor intrínseco*. Es verdad que Dios mismo estableció la Ley sacrificial para los judíos. Pero sabemos por el Nuevo Testamento que esa Ley, y esos sacrificios, eran tipos o sombras de la verdad que habría de manifestarse en el tiempo oportuno con Jesucristo.

Abel y el Cordero inmolado

Asumido entonces que Dios no prefirió a Abel y a su ofrenda por un mérito intrínseco de ese hermano, ni de los sacrificios considerados en sí mismos, vamos a considerar el asunto a la luz de la tipología. Visto así, la ofrenda sangrienta de Abel fue preferida por Dios por ser *una figura del sacrificio de Cristo*. Eso fue lo que convirtió a Abel en justo, y no una cualidad moral suya sobre la cual el texto bíblico no dice nada.

Tal vez alguien objetará que Abel no podía saber que el sacrificio que ofrendaba prefiguraba a Cristo. ¿Y qué? La Biblia está llena de actos cuyo sentido profundo era desconocido para sus actores pero *respondían a un designio divino*. Por poner sólo algunos ejemplos:

Cuando María de Betania derramó perfume sobre el Señor Jesús, Judas planteó una objeción aparentando preocuparse por los pobres, y el Señor le contestó: *"déjala, para el día de mi sepultura ha guardado esto"* (Jn 12:3-8). No analizaremos aquí la observación de Judas; pues lo que nos importa es que María actuó movida por el amor, pero su gesto tuvo un significado más amplio: untó con perfume al Señor tal como se hacía con los muertos antes de sepultarlos, porque Jesús pronto moriría. Así, el gesto de María tenía un significado inmediato, expresar gratitud y amor, y también un significado ulterior que ella misma desconocía en el momento de actuar.

Las palabras de Caifás (Jn 11:49-52) *"conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca"*, tuvieron un sentido profético desconocido para él. Para Caifás matar al Señor Jesús era la forma de preservar a la nación judía, pues temía que por culpa de Jesús y sus seguidores los romanos terminaran castigando a toda la nación. Sin embargo, y a pesar suyo, con esas palabras cooperó con el plan de salvación de Dios. Poco después se cumplió la profecía pero en un sentido distinto a lo que Caifás quería: la muerte de Jesús condujo a la formación de la Iglesia, es decir a la reunión de los hijos de Dios, el

pueblo del Señor. Y poco después los romanos efectivamente destruyeron el templo y obligaron a los judíos a dispersarse.

Cuando José fue vendido por sus hermanos a los ismaelitas a cambio de *veinte monedas de plata,* los hermanos no sabían que respondían a un designio de Dios; y que después de pasar por la esclavitud y la cárcel José sería honrado y enaltecido muy por encima de ellos.

Lo mismo cuando Judas traicionó al Señor Jesús y lo entregó por *treinta piezas de plata*, no sabía que estaba sirviendo a la realización del propósito salvífico de Dios de redimir a los hombres en Su Hijo amado.

En esos ejemplos, y podríamos citar muchísimos más de ambos Testamentos, se ve claramente que en las historias narradas en la Biblia hay dos tipos de causalidad superpuestos: las causas mundanas de los hechos que pertenecen al orden terreno, y las causas celestiales que pertenecen al orden de los decretos de Dios y su Providencia.

Por cierto, cada vez que el Nuevo Testamento nos dice que algo ocurrió *para que se cumpla la Escritura*, no sólo está aclarando el sentido de un hecho puntual sino también ofreciendo una enseñanza general acerca de la historia. No nos referimos a la historia secular, que no trata sino de un devenir contingente tejido de causas finitas sin orientación interna ni sentido final, hablamos de la historia sagrada. En esta historia, la historia comprendida a la luz de la Revelación, las contingencias y causas finitas se ordenan a un plan, y cooperan, más allá de los propósitos humanos, en la realización de los designios divinos. Por lo mismo, no aceptamos que los criterios de historicidad de la historiografía secular puedan definir la validez de la historia sagrada. Pero tratar este tema aquí nos apartaría mucho del objetivo central de este trabajo.

Volviendo a nuestro tema, cuando Abel hizo un sacrificio de sangre con los primogénitos de su manada, aludía tipológicamente al sacrificio de Cristo. El significado profundo, soteriológico, del sacrificio de Abel no dependió de su propia intención. De hecho no sabemos, ni sabremos nunca, qué pensó exactamente Abel. Pero a la luz del Nuevo Testamento sabemos que *por la gracia divina hizo lo que agradaba a Dios*.

Después de haber hecho su ofrenda de sangre, Abel mismo murió de manera sangrienta. Y su sangre derramada en la tierra clamó a Dios. Eso también cumplía un designio divino, pues era el comienzo de una larga cadena de derramamiento de sangre de los elegidos de Dios a mano de los inicuos. Tal como dijo el Señor Jesús en su reproche a los fariseos (Lc 11:49-51) "*Por eso la sabiduría de Dios también dijo: Les enviaré profetas y apóstoles; y de ellos, a unos matarán y a otros perseguirán, para que se demande de esta generación la sangre de todos los profetas que se ha derramado desde la fundación del mundo, desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías*".

A diferencia de su hermano Caín, Abel no dejó descendencia carnal. Sabemos de Abel por la Biblia, es decir por la palabra de Dios. Su herencia, por lo tanto, es espiritual. Todos esos rasgos -muerte cruenta, sangre derramada, herencia espiritual y no carnal- pueden ser leídos tipológicamente como alusiones al sacrificio del Señor.

Caín y la serpiente

Después de que Dios miró con agrado a Abel y su ofrenda pero no a Caín y la suya, éste último estaba decaído. A raíz de eso Dios le habló. Se trata de un pasaje oscuro, y los

especialistas no se ponen de acuerdo sobre el significado del texto original. Sin embargo, puede asumirse que se trataba de un acercamiento de Dios para permitirle a Caín reconsiderar lo que estaba por hacer.

Luego de eso Caín mató a su hermano. Entonces Dios le habló nuevamente preguntando por Abel. Y Caín contestó con insolencia y ocultando el crimen "*no lo sé, acaso soy yo el guardián de mi hermano*". Así, la secuencia del asesinato, seguida por el ocultamiento del crimen ("no lo sé") y la insolencia de su respuesta, muestran un Caín violento, cínico, y rebelde. Eso ha llevado a muchos a enfocarse en el aspecto moral del relato, extrayendo del mismo ciertas advertencias y lecciones edificantes acerca de los celos, la deshonestidad, y la falta de humildad frente a Dios. Todo eso es válido en su propio plano, pero no es lo queremos tratar aquí.

Un Padre de la Iglesia, Juan Crisóstomo, ha señalado acertadamente que Caín actuó inspirado por el Diablo. Pues realizó el propósito de la serpiente cuando al tentar a Adán y Eva los engañó diciendo "*ciertamente no moriréis*" (Gn 3:4). Es decir, si bien la muerte entró en la humanidad a causa del pecado de la primera pareja humana, al llegar a la historia de los hermanos todavía nadie había muerto. Fue Caín quien, podría decirse, completó la Caída y realizó concretamente la muerte.

Por cierto, la observación de Crisóstomo acerca de que Caín actuó inspirado por el Diablo, se corresponde puntualmente con la afirmación del apóstol Juan: "*Caín era del maligno*" (1 Jn 3:12). Era del maligno, es decir le pertenecía y actuaba inspirado por él.

Dicho sea de paso, un mismo patrón se reconoce en Caín, los hermanos de José y Judas. En los tres casos, los inicuos actuaron de acuerdo a su propias motivaciones pero, por debajo de las apariencias, los movía *el espíritu de la serpiente*. Sin embargo, y dado que hasta el mismo Diablo está sometido a la divina providencia del Señor, colaboraron sin saberlo con la realización de un designio divino.

A continuación Caín se alejó la presencia Dios, tal como Adán y Eva se alejaron del huerto del Edén. ¿Pero qué significa salir de la presencia de Dios? Es claro que siendo Dios omnisciente, esa salida no puede ser corporal. Como dice el salmo (Sal 139) "*Señor, tú me sondeas y me conoces; me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos penetras mis pensamientos; distingues mi camino y mi descanso, todas mis sendas te son familiares"*. De modo que ese alejamiento de la presencia de Dios es algo de orden espiritual y concierne al ser del hombre. Podría decirse que Caín se hundió aún más en la Caída que sus padres, o bien que en Caín se manifestó abiertamente por primera vez la verdadera condición del ser humano caído. Su alejamiento físico, al este del Edén, fue la expresión externa de su degradación interior.

Antes de alejarse de Dios, Caín rogó porque tenía miedo de ser asesinado, y el Señor entonces puso una marca sobre su frente para que cualquiera que quisiera matarlo supiera que sería vengado. Algunos exegetas han visto en ese exilio y esa marca dos símbolos del pueblo judío después de que rechazaron a Jesús: un pueblo obligado a errar por el mundo, reprobado por Dios pero no abandonado totalmente a sí mismo. La historia judía posterior a la crucifixión del Señor parece avalar dicha interpretación.

También se ha dicho, por ejemplo Ambrosio y Agustín, que Caín es una figura de la sinagoga y Abel una figura de la Iglesia. Sin embargo, aunque esa tipología puede considerarse válida de modo general, habría que cuidarse de establecer una identificación

unilateral entre Caín y los judíos. Pues el espíritu que movía a Caín también ha estado activo en la historia de la Iglesia cristiana: intrigas, insidia, enfrentamientos, excomuniones mutuas, cismas, y hasta guerras fratricidas, muestran que la cuestión no es tan lineal. De un modo más amplio, Agustín también vio en Abel, reemplazado por Set (Gn 4:25), el punto de partida de la ciudad de Dios, y en Caín el de la ciudad terrenal. Pero no trataremos ese tema, pues, para los fines limitados de este trabajo, nos basta con lo anterior.

Conclusión

De acuerdo a todo lo que hemos dicho, es claro que la preferencia de Dios es la clave de la historia de los primeros hermanos. Fue esa preferencia la que hizo justo a Abel, y agradable su ofrenda, y no una justicia que hubiera a priori en él mismo, o una cualidad intrínseca de la ofrenda. Recíprocamente, fue la ignorancia de Dios la que hizo que se manifestara abiertamente la iniquidad de Caín. Por supuesto esa proclividad al mal ya existía en él, porque -al igual que su hermano- era un hombre caído. Pero esa disposición natural hizo eclosión porque Dios no lo miró con agrado. Y hemos visto que la preferencia de Dios no puede justificarse satisfactoriamente en base a los méritos y deméritos de los hermanos, ni a los atributos propios de sus ofrendas. De modo que el relato de Caín y Abel nos enfrenta al *misterio de la elección divina*.

Dado que los hermanos eran los primeros humanos nacidos de padres humanos, el relato habla de los hombres en general. Habla de nosotros. Pero no sólo en un sentido antropológico; como cuando se pone el acento en la rivalidad, los celos, la violencia y el odio; sino en un sentido teológico: los hermanos representan nuestra posición frente a Dios. Visto así, puede decirse que *Abel representa al hombre en Cristo*, y *Caín al hombre en sí mismo*. Pero el hombre en sí mismo no es autónomo sino que está bajo la influencia del Diablo. Como dijo el apóstol Juan "*el mundo entero está bajo el poder del maligno*" (1 Jn 5.19).

Por eso, y para terminar, pensamos que un cristiano debería reconocerse en Caín por sus pecados, y en Abel por su redención en Cristo. Aceptando honestamente lo primero; y celebrando lo segundo con alabanzas y agradecimiento a Dios.

Lázaro Lameiro
Osaka, Septiembre de 2023.

BIBLIOGRAFÍA

Escritura

Sagrada Biblia LBLA, NBLA, NVI, y *Nuevo Testamento* interlinear griego-español con referencia a RVR 1960.

Pasajes del NT relacionados a la tipología: Jn 3:14-15, Jn 6:32, Mt 12:40, Lc 24:25-27, Hch 2:23, Hch 3:20-22, Rom 5:14, Ef 5:30-32, Heb 7:1-17, Heb 9:6-12, Heb 10:2-10, Heb 12:24, 1 Pe 1:10-12, 1 Pe 3:20-21.

Obras consultadas para la preparación de este trabajo

El sacrificio de Caín y Abel, por Agustín de Hipona, en su *Réplica a Fausto*, Libro XII; publicada en línea en Augustinus.it (Pinche para ir)

La Ciudad de Dios, por Agustín de Hipona, Libros X y XV; Ed. Padre Fr. José Morán.

Caín y Abel, por Ambrosio de Milán, en *El Paraíso, Caín y Abel, Noé*; Ed. Ciudad Nueva.

On Genesis, por Beda el Venerable, Libro II; Ed. Liverpool University Press.

Tratado de los misterios, por Hilario de Poitiers; Ed. Ciudad Nueva

Against Marcion, por Tertuliano, Libro II; Ed. Ante-Nicene Christian Library. Roberts & Donaldson.

Cristo y las figuras bíblicas, por Alfredo Sáenz; Ed. Gladius.

Conociendo a Jesús en el Antiguo Testamento, por Eugenio Danyans; Ed. Clíe.

La historia de Caín y Abel en la tradición rabínica, cristiana y gnóstica, por Diego Pérez Gondar; Ed. Universidad de Navarra